



CAPITULO X

La Carbonera

WUEGO que pasaron los funerales del pobre Testard, y que expiaron su traición con la vida los veintidós oficiales mexicanos que se habían pasado al enemigo, el general mandó que se internara á la sierra á todos los franceses prisioneros, á fin de impedir que siguieran combatiendo á los republicanos. Pero Olivos no se sentía contento con que le sucediera aquello á su pobre pariente, y empezó á trabajar para que se quedara entre los de Porfirio.

— ¡Eso jamás! dijo enfullinado el viejo oficial; me marcho á la sierra, á la cárcel, al averno; mas no se verá que pida gracia.

— No seas imbécil ni te llenes la cabeza con necesidades. ¿Acaso eres soldado francés? ¿Acaso hay aquí franceses

que formen tropa organizada y á quien debas no combatir? Respóndeme, mamarracho, respóndeme, franchute endiablado.

Violette, por su parte, insistió cariñosamente y en variedad de tonos para que Récal se pasara á los mexicanos, pues, como ella decía, solamente así estaría tranquila, sabiendo que había quién se interesara por el teniente coronel Olivos, que por cierto se mostraba tan encantado con el ascenso, que ya se proponía hacer montes y maravillas para calarse los galones de coronel y aun la banda de general, llegado el posible caso.

Todavía cerdeó un poco Récal, hablando de sus propósitos de hacer vida retirada y pacífica, de dejar el ejercicio de las armas y de emplear sus ahorrillos en trabajar al lado de su suegro.

—¿Y qué mal te hace, grandísimo tonto, luchar un poco contra estos traidores del diablo, ganar uno ó dos graditos más y luego ponerte á trabajar duro y firme, justificando tu pase á nuestras filas con tu deseo de servir un poco á esta tierra, que es la de tu mujer y que será la de tus hijos?

Ante lo de los hijos, á Récal se le alegraron las pajariillas y se decidió á consentir en lo que Violette y Pancho le pintaban con tanto primor; y como no había cosa que el general le negara á éste, Récal quedó admitido en las filas republicanas y siguió al lado del jefe sin dificultad ninguna.

Boldi, que tenía como norma el villano refrán de viva quien venza, ya se proponía como proveedor de los republicanos, y aunque nadie lo admitió ni le hizo caso, el maldito barrigón estuvo machacando hasta que con buenas palabras el general le despachó con viento fresco. Y como había quedado en libertad y extrañaba grandemente la casa, y el colchón, y los zapatos de orillo, y los mimos de su insignificante compañera, se despidió á toda prisa, no sin dolerse de haber perdido lo que había ganado sisando en la caja de los traidores.

* * *

El lunes seis, á buena hora, emprendió la tropa triunfante el camino que era natural y que indicaban las circunstancias: el camino de Oaxaca, adonde se había retirado Oronoz en unión de su caballería.

Pancho no se apartaba un punto de la compañía del jefe, y después de despedirse de Violette, emplazándola para Oaxaca luego que cayera ésta en poder de los republicanos, salió para acampar en la hacienda de Aguilera, donde Porfirio había establecido su cuartel.

Allí conoció Pancho un nuevo jefe, de quien había oído sólo elogios y más elogios: era Félix Díaz, hermano del caudillo de Oriente, y persona de quien todo el mundo alababa el tino, la inteligencia, la constancia, y sobre

todo, el valor: era tan atrevido, tan atrevido, que el ánimo de los más esforzados parecía junto al suyo prudencia pacata y aun temor bien acentuado. Don Félix acababa de apoderarse de una buena parte de la ciudad de Oaxaca, dejando á los imperialistas reducidos sólo á dos ó tres conventos, de los cuales había esperanzas de desalojarles por buenas ó por malas.



DON FÉLIX DÍAZ

Una noche, que cabalmente fué la del quince ó diez y seis de Octubre, Porfirio y Pancho habían salido á recorrer las trincheras propias y á observar las del contrario, pues cabalmente estaban separados de éste sólo por una calle. Los mochos vivían, como suele decirse, con la barba sobre el hombro, pendientes de cualquier ruido y temerosos de un asalto ó de cualquier otra asechanza que les destanteara.

— Vamos á pasar la calle, dijo el jefe á su ayudante; ponga usted cuidado y salte al mismo tiempo que yo: píquele al cuaco, y así, cuando nos tiren del fortín contrario, ya estaremos á salvo.

Quiso su mala suerte que el caballo de Olivos se resba-



... preguntaba por el jefe y le entregaba un pliego.

lara á la hora de pasar la calle, que viniera en aquel momento la descarga de los maximilianistas, y que el caballo del ayudante no pudiera alzarse del suelo. Porfirio creyó perdido al muchacho, y pensando en voz alta exclamó:

— ¡Ya mataron á este bruto de Olivos!

— Mi general, exclamó el jefecillo levantándose con trabajo y librándose á duras penas de quedar aplastado por la bestia, mi general, ¡cuánto siento que no le merezca á usted otra oración fúnebre que la de llamarme bruto!

— Suba pronto en mi caballo, ordenó el general alejándose á toda prisa y con un nudo en la garganta, pensando en la abnegación del pobre subalterno, que al caer y al sentirse próximo á morir, sólo recordaba el desvío del jefe adorado y no el riesgo en que se hallaba.

Cuando llegaron al campamento, les sorprendió un estafeta que á toda prisa y sin desmontarse, preguntaba por el jefe y le entregaba un pliego.

— Se le recogió á un correo que acaba de aprehenderse, dijo poniendo en las manos de Porfirio un sobre cerrado.

Porfirio se metió un rato á su tienda, y á poco, llamando á todos los ayudantes que por allí se encontraban *de cuajo*, prometiéndoselas felices y anunciando la toma de la plaza asediada, les fué dando diferentes órdenes que salieron á cumplir con la escrupulosidad que solían.

— Vaya usted, le mandó á Pancho, y diga á los coro-

neles Espinosa, González y Gorostiza que se me reúnan inmediatamente aquí, en Aguilera, trayendo todas sus tropas.

Olivos corrió á todo escape y dió los recados á los coroneles, que inmediatamente pusieron por obra lo que se les ordenaba.

La noche era oscura y metida en agua: negra la tierra, negro el cielo, negríssimos los árboles que extendían sus ramazones escuetas como apuntando á la bóveda de obsidiana: eran las tinieblas palpables de los días genesíacos. No se oía más ruido que el de las pezuñas del caballo de Olivos, coreado por los grillos y sabandijas del contorno y acentuado por el ladrar de los perros y el aullido de los coyotes, que á lo lejos parecían entablar diálogos agresivos. En uno de los puntos á que había llevado su mensaje, le interrumpieron el paso dos capitanes que habían tenido noticia de la determinación.

— ¿De manera, mi teniente coronel, que nos retiramos de aquí, que levantamos el sitio?

— Nada sé, compañero.

— Mire usted que después de las ventajas que teníamos conseguidas, es una atrocidad el alejarse.

— Tal vez, compañero.

— Esto ha de ser con su según y cómo, dijo el que no había hablado: de otra manera nosotros mismos destruiríamos lo de Miahuatlán.

— Tal vez, compañero... Con permiso, que me espera mi general.

Y puso espuelas al caballito, mientras los capitanes se alejaban al tranco, y un trueno lejano que remugaba entre los montes anunciaba próxima lluvia. Cuando llegó á la hacienda de Aguilera y dió cuenta al general de todo cuanto había hecho, Porfirio le aguardaba ya montado y listo para marchar.

— A usted nada más estaba esperando. Vámonos á toda prisa, y usted se pone al frente de trescientos infantes que le designará mi hermano.

Pancho hizo lo que le mandaron, y á la media noche empezó á desfilarse la columna, que parecía una manada de lobos negros y silenciosos caminando á la desbandada en busca de algún festín que hubiera olfateado á distancia.

— Pero estas son rarezas del jefe: ¡declararnos vencidos cuando la cosa iba mejor!... exclamaba uno de aquellos eternos descontentadizos, que suelen en todas partes querer entrometerse en lo que entienden menos.

— Es dejar á los mochos en posesión de lo que estaban resueltos á dejar, decía otro.

— Y alentarles, reflexionaba un tercero.

— ¡Lástima, reparaba un cuarto, que á uno no se le atiende; si no, se vería!

Y así se iban extendiendo las murmuraciones y los dichos, queriendo cada cual explicarse lo inexplicable y

penetrar las intenciones de quien pensaba en todo menos en sujetar al sufragio universal sus determinaciones de aquella hora angustiosa.

Las tropas llegaron á Etna cuando ya el día estaba bien claro; pero el general se corrió hasta hasta San Juan del Estado, de donde regresó dos ó tres horas después en compañía de un golpe de tropas que en lo maltratadas y peor trajeadas, á leguas daban á conocer la serie de trabajos que habían tenido que soportar.

— ¡Pero si son las tropas de Figueroa! exclamaban todos.

— Los valientes serranos.

— Los que les dieron á los austriacos hasta debajo de la lengua.

— ¡Que sean bien venidos!

— En Soyaltepec se echaron sus cien cabecitas de austriacos.

— Y en donde quiera han luchado con mucho brío.

— Son como ellos solos.

Eran, en efecto, los heroicos serranos de Figueroa, que llegaban fogueados, astrosos, mal vestidos, con pocos y malos fusiles, pero más valientes y más resueltos que nunca. Al frente venían Porfirio con el ademán tranquilo y satisfecho, y el comandante de aquel cuerpo, don Luis Pérez Figueroa, de tez tostada, de barba negra y de movimientos prontos y seguros.

Al avistarse los dos cuerpos, todo fué dirigirse pláceres los soldados, abrazarse y preguntarse por su vida y andanzas.

Poco después, acompañado de la caballería, salió Porfirio en dirección de Oaxaca; y las preguntas y las opiniones tuvieron nuevo pasto.

— ¿Y qué será esto? ¿Y qué significará esta salida intempestiva? ¿Y por qué jugará á las escondidas? eran las frases que se oían.

Y como estaban en babilonia, todo era hacerse cruces y formular conjeturas y pensar en cosas tan maravillosas, que sólo la desbocada imaginación de un corresponsal moderno puede inventarlas más grandes y gordas.

A las dos de la madrugada, cuando apenas terminaban los pláceres y las risas, dió Porfirio la orden de marcha: había que seguir caminando, pero antes se tenía que ascender á la meseta de la Carbonera, que se miraba claramente desde el punto donde las tropas descansaban.

La Carbonera es una alta planicie que tiene en su cima dos collados idénticos entre sí, que parecen los dos senos de una gigante.

Se eleva primero el camino ancho y recto, interrumpido bruscamente, casi al llegar á la cumbre, por una serie de matorrales verdes que tapan la cinta blanca abierta por los pies de los caminantes.

La colina de la izquierda termina bruscamente en un